

CAPÍTULO XXXII.

EN QUE SE EXPLICA POR QUÉ ENGORDABA EL BARÓN.

Mientras que la reina decidía de la suerte de Mlle de Taverney en San Dionisio, Felipe, con el corazón desgarrado por lo que había oído y por lo que acababa de descubrir aceleraba los preparativos de su marcha.

Un militar acostumbrado á correr mundo nunca es muy pesado en arreglar sus baúles y echarse encima la capa de camino... Pero Felipe tenía motivos más poderosos que ningún otro para alejarse rápidamente de Versalles: no quería ser testigo del deshonor probable é inminente de la reina, su única pasión.

Así es que se vió ensillar sus caballos con más ardor que nunca, cargar sus armas, amontonar en su valija lo que tenía de más familiar para vivir según sus hábitos, y cuando hubo terminado todo esto, mandó advertir á su padre que tenía que hablarle.

El viejecito llegaba de Versalles meneando como mejor podía sus endebles pantorrillas, que apenas soportaban un vientre redondito. Tres meses hacía que el barón engordaba, lo cual le inspiraba un orgullo fácil de comprender, si se reflexiona que el colmo de la obesidad debía ser en él la señal de una completa satisfacción.

La completa satisfacción de M. de Taverney es una palabra que encierra muchos sentidos.

El barón llegaba muy alegre y satisfecho de su paseo á Versalles, pues por la noche había tomado su parte de todo el escándalo del día; había sonreído á M. de Breteuil contra M. de Rohán; á Soubise y Guemenée contra Breteuil; al conde de Provenza contra la reina; á d'Artois contra el conde de Provenza, á cien personas contra otras ciento, y á ninguna por ninguna. Tenía sus provisiones de picardías é infamias y, lleno su canastillo, volvía á casa radiante de gozo.

Cuando un lacayo le anunció que su hijo deseaba hablarle, en vez de aguardar la visita de Felipe, atravesó todo un descanso de escalera para ir á ver al viajero.

Entró, sin anunciarse, en la primera sala llena del desorden que de ordinario precede á un viaje. Felipe no se prometía una grande explosión de sensibilidad, cuando su padre supiese su resolución, pero tampoco esperaba hallarle demasiado indiferente. En efecto, Andrea había abandonado ya la casa paterna, y eso era una existencia menos que atormentar; el viejo barón debía sentir algún vacío, y cuando ese vacío se completase con la ausencia del último mártir, el barón, semejante al niño á quien se quita su perrito ó su pájaro, podría muy bien lloriquear, aunque no fuese sino por egoísmo.

Pero Felipe quedó muy atónito, cuando oyó al barón exclamar con una risa de júbilo :

— ¡ Ah, Dios mío ! ¡ Se marcha, se marcha !...

Felipe se paró y miró á su padre con estupor.

— Estaba seguro de ello ; lo habría apostado, prosiguió el barón. ¡ Bien representado el papel, Felipe ! ¡ bien representado !

— ¿ Qué queréis decir, señor ? preguntó el joven. Os suplico me digáis qué es lo que está bien representado.

El viejo se puso á canturrear dando brinquito sobre una pierna y sosteniendo con ambas manos su principio de panza.

Al mismo tiempo menudeaba guiñadas á Felipe para que despidiese á su ayuda de cámara.

Comprendidas estas señas, Felipe obedeció. El barón empujó á Champagne fuera y le cerró la puerta en los hocicos ; luego, volviendo adonde estaba su hijo, le dijo en voz baja :

— ¡ Admirable, admirable !

— Muchos elogios me estáis prodigando, sin que sepa yo en qué los he merecido... dijo Felipe con frialdad.

— ¡ Ah, ah, ah ! hizo el viejo contoneándose.

— Á menos que toda esa hilaridad sea causada por mi marcha, que os desembaraza de mí.

— ¡ Oh, oh, oh !... exclamó el viejo barón riendo en otro tono. ¡ Vamos, vamos ! no te pongas de mal humor delante de mí, que no merece la pena ; tú sabes bien que no me engañas... ¡ Ah, ah, ah !

Felipe se cruzó los brazos, preguntándose en sus adentros si aquel viejo no se iba volviendo algo loco.

— ¿ Engañar con qué ? preguntó.

— Con tu viaje, ¡ pardiez ! ¿ se te figura por ventura que yo creo en tu viaje ?

— ¿ No lo creéis ?

— Ahora no está aquí Champagne, te lo repito. No te enfades delante de mí. Además, confieso que no tenías otro partido que tomar ; lo tomas y haces bien.

— Señor, me sorprendéis de tal modo que...

— Sí, es bastante sorprendente que yo haya adivinado eso ; pero ¿ qué quieres, Felipe ? No hay hombre más curioso que yo, y cuando se excita mi curiosidad, me pongo á buscar ; no hay hombre más dichoso que yo para hallar cuando busco ; de consiguiente, he hallado que tú estás aparentando un viaje, y te felicito por ello.

— ¿ Estoy aparentando ? repitió Felipe con un asomo de curiosidad.

El viejo se acercó, tocó el pecho del joven con sus dedos huesudos como los de un esqueleto, y, cada vez más confidencial, dijo :

— ¡ Palabra de honor ! Sin ese expediente estoy seguro de que todo estaba descubierto. Tú lo haces á tiempo. Mira, mañana habría sido demasiado tarde. ¡ Márchate pronto, hijo mío, márchate pronto !

— Señor, dijo Felipe con un tono glacial, os protesto que no comprendo una palabra de todo lo que me hacéis el honor de decirme.

— ¿ Dónde piensas ocultar tus caballos ? prosiguió el viejo, sin responder directamente ; tú tienes una yegua muy fácil de reconocer. ¡ Ten cuidado que no la vean aquí cuando te crean en... Á propósito, ¿ adónde aparentas ir ?

— Me voy á Taverney Casa-Roja, señor

— ¡ Bien, excelente !.. Tú finges que vas á Casa -Roja. Nadie lo traslucirá... ¡ Oh, muy bien !.. Sin embargo, ten prudencia, porque hay muchos ojos asustados contra vosotros dos.

— ¡ Contra nosotros dos !.. ¿ Contra quién ?

— Ya ves, *ella* es impetnosa, prosiguió el viejo ; *ella* tiene arrebatos capaces de echarlo todo á perder. ¡ Ten cuidado ! Sé más razonable que ella...

— ¡ Calla ! se me figura, exclamó Felipe con enojo concentrado, que os estáis divirtiendo á costa mía, lo cual os juro que no es caritativo ni prudente, porque estando, como estoy, disgustado, me exponéis á faltáros al respeto.

— ¡ Bueno va ! ¡ faltarme al respeto ! Te dispenso del respeto, pues eres bastante grande para manejar *nuestros* negocios, y los manejas tan bien, que eres tú quien me inspiras respeto. Tú eres el Geronte, yo soy el Atolondrado. Vamos, déjame las señas para que pueda dirigirte un aviso si ocurre alguna cosa urgente.

— Á Taverney, señor, dijo Felipe creyendo que el viejo volvía por último á su sano juicio.

— ¡ Eh, tú me quieres pegar un chasco ! ¡ Á Taverney, á ochenta leguas ! ¿ Se te figura que si tengo que enviarte un consejo importante y urgente, me he de entretener en matar correos en el camino de Taverney ? ¡ Quitá allá ! Yo no te exijo las señas de tu casa del parque, porque podrían seguir á los emisarios que yo te enviase allí ó reconocer mis libreas ; pero escoge otras señas de algún punto á distancia de un cuarto de legua. ¡ Qué diablo ! tú tienes imaginación ; cuando uno ha hecho por sus amores lo que tú acabas de hacer, ¡ pardiez ! no puede menos de ser hombre de recursos.

— ¡ Una casa del parque, amores, imaginación ! Señor, estamos jugando á los enigmas, sólo que reserváis para vos la solución.

— ¡ No conozco animal más grande y más discreto que tú ! exclamó el padre con despecho. No conozco uno cuyas reservas sean más ofensivas. ¿ No se diría que tienes miedo que tu padre te venda ? Eso sería ridículo !

— ¡ Señor ! exclamó Felipe exasperado.

— ¡ Bueno, bueno ! Quédate con tus secretos ; guarda el secreto de tu casa alquilada en la antigua Montería !

— Guarda el secreto de los paseos nocturnos que has dado entre dos adorables amigas.

— ¡ Yo... me he paseado ! murmuró Felipe palideciendo.

— Guarda el secreto de aquellos besos cubiertos como la miel de flores y rocío.

— ¡ Señor, señor ! ¿ acabaréis ? gritó Felipe arrebatado de unos celos furiosos.

— Está bien ; te repito que sé todo lo que has hecho. ¿ Has podido dudar un momento que yo lo supiese ? ¡ Voto á bríos ! Esto debiera inspirarte confianza. Tu intimidad con la reina, tus empresas favorecidas, tus excursiones á los baños de Apolo, ¡ Dios mío ! todo eso es la vida, la fortuna de todos nosotros. Así, no tengas miedo de mí, Felipe... Confía en mí.

— ¡ Me causáis horror ! exclamó Felipe tapándose el rostro con las manos.

Y en efecto, lo que el desgraciado Felipe experimentaba era un grande horror hacia el hombre que desnudaba sus llagas, y después de desnudarlas, las ensanchaba y desgarraba con una especie de rabia. Era horror lo que expe-

rimentaba hacia el hombre que le atribuía toda la felicidad de otro, y que, creyendo halagarle, le atormentaba con la felicidad de otro.

Todo lo que el padre había oído, todo lo que había adivinado, lo que los malévolos atribuían á M. de Rohán, y los mejor informados á Charny, el barón lo atribuía á su hijo. Según él, el que la reina amaba y poco á poco iba empujando en las tinieblas á los más altos escalones del favoritismo, era Felipe. He ahí la causa de la extraordinaria alegría que de algunas semanas á aquella parte engordaba la panza del señor de Taverney.

Cuando Felipe descubrió este nuevo lodazal de infamia, se estremeció de verse sumergido en él por el único ser que hubiera debido asociársele para salvar su honor; pero el golpe había sido tan violento, que se quedó aturdido y mudo, mientras que el barón seguía charlando con más elocuencia que nunca.

— Ya lo ves, le decía, has hecho en eso una obra maestra, has despistado á todos. Esta noche cincuenta ojos me han dicho: Es Rohán. Ciento me han dicho: Es Charny. Doscientos: Es Rohán y Charny. Pero ni uno solo, ¿lo oyes? ni uno solo me ha dicho: Es Taverney. Te repito que has hecho una obra maestra, y no es mucho que yo te felicite por ello... Por lo demás, os hace honor á ti como á ella, querido mío. Á ella, porque te ha tomado, y á ti, porque la posees.

En el momento en que Felipe, enfurecido con este último dardo, aterraba al implacable viejo con una mirada fulminante, con una mirada precursora de la tempestad, resonó en el patio del hotel el ruido de un coche, y llamaron hacia fuera la atención de Felipe ciertos rumores y ciertas idas y venidas de un carácter extraño.

Oyóse á Champagne gritar:

— ¡La señorita, es la señorita.

Y muchas voces repitieron:

— ¡La señorita!

— ¿Cómo la señorita? dijo Taverney. ¿Qué señorita es esa?

— ¡Es mi hermana! murmuró Felipe, asombrado de reconocer á su hermana que se apeaba de una carroza alumbrada por el farol del suizo.

— ¡Tu hermana! repitió el viejo... ¿Andrea?... ¿Es posible?

Y llegando Champagne á confirmar lo que había dicho Felipe, dijo á éste:

— Señor, la señorita vuestra hermana está en el retrete contiguo al gran salón, y os aguarda para hablaros.

— ¡Vamos á verla! exclamó el barón.

— Á quien ella quiere hablar es á mí, dijo Felipe saludando al viejo; é iré yo primero, si tenéis á bien.

En el mismo instante entró ruidosamente en el patio otro coche.

— ¿Quién diablos viene aún? murmuró el barón.

— Esta es noche de aventuras.

— ¡El señor conde Olivier de Charny! gritó la potente voz del suizo á los lacayos.

— Conducid al conde al salón, dijo Felipe á Champagne; el barón le recibirá, pues yo voy al retrete á hablar á mi hermana.

Los dos, padre é hijo, bajaron lentamente la escalera.

— ¿Qué vendrá á hacer aquí el conde? se preguntaba Felipe.

— ¿Qué habrá venido á hacer aquí Andrea? pensaba el barón.

CAPÍTULO XXXIII.

EL PADRE Y LA NOVIA.

El salón del hotel estaba situado en el primer cuerpo, en el piso bajo. Á la izquierda se hallaba el cuarto de tocador con una salida que daba sobre la escalera y conducía al aposento de Andrea.

Á su derecha había otro saloncito por el que se entraba en el principal.

Felipe llegó el primero al retrete donde su hermana aguardaba; y así que llegó al vestíbulo, aceleró el paso para abrazar más pronto á su compañera querida.

Al punto que abrió la doble puerta del retrete, Andrea corrió á arrojarle á su cuello y le abrazó con un aire gozoso á que este triste amante, este desventurado hermano no estaba acostumbrado hacía largo tiempo.

— ¡Dios de bondad! ¿qué es lo que sucede? preguntó el joven á Andrea.

— ¡ Una cosa feliz ! ¡ oh, muy feliz, hermano mío !

— ¿ Y vienes tú á anunciármela ?

— ¡ Vuelvo para siempre ! exclamó Andrea con tal arrebatado de alegría que su exclamación fué un grito.

— Más bajo, querida hermana, más bajo, dijo Felipe ; las paredes de esta casa no están ya habituadas á la alegría, y además se halla en ese salón del lado, ó va á hallarse alguno que podría oírte.

— ¡ Alguno ! repitió Andrea. ¿ Y quién es ?

— Escucha, replicó Felipe.

— El señor conde de Charny, anunció el lacayo introduciendo á Olivier del saloncito al salón principal.

— ¡ El, él ! exclamó Andrea redoblando las caricias á su hermano. ¡ Oh ! bien sé lo que viene á hacer aquí bah !

— ¿ Tú lo sabes ?

— Mira ; lo sé tan bien que noto el desorden de mi traje, y como preveo el momento en que tendré que entrar á mi vez en ese salón para oír lo que M. de Charny viene á decir...

— ¿ Hablas formalmente, querida Andrea ?

— Escucha, escucha, Felipe, y déjame subir á mi cuarto. La reina me ha traído con bastante precipitación, y voy á dejar mi manto del convento para ponerme un traje... ¡ Oh ! un traje de novia.

Y dichas en voz baja estas palabras, que fueron acompañadas de un beso gozoso, Andrea desapareció ligera y arrebatada, por la escalera que conducía á su aposento.

Felipe se quedó solo, aplicó el oído á la puerta que separaba el retrete del salón, y escuchó.

Había entrado el conde de Charny, y estaba paseando lentamente pareciendo que más bien meditaba que aguardaba.

Entró á su vez M. de Taverney padre, y saludó al conde con una urbanidad exquisita, aunque forzada.

— ¿ Á qué debo el honor de esta visita imprevista, señor conde ? dijo en fin. En todo caso, creed que me colma de alegría.

— He venido, caballero, de ceremonia como estáis viendo, y os ruego me dispenséis el que no traiga conmigo á mi tío, el señor bailío de Suffrén, como debiera hacerlo.

— ¡ Cómo ! baluceó el barón ; estáis dispensado, querido señor de Charny.

— Sé bien que así lo exigía la petición que vengo á haceros

— ¿ Una petición ? dijo el barón.

— Tengo el honor de pedirlos la mano de vuestra hija la señorita Andrea de Taverney, repuso Charny dominando su emoción.

El barón dió un repulso en su sillón, y abriendo unos ojos centelleantes que parecían devorar cada una de las palabras pronunciadas por el conde de Charny :

— ¡ Mi hija ! tartamudeó. ¿ Me pedís mi hija en matrimonio ?

— Sí, señor barón ; á menos que la señorita de Taverney sienta alguna repugnancia á esta unión.

— ¡ Ah, bravo ! pensó el viejo. ¿ Conque el favor de Felipe es ya tan notorio que uno de sus rivales quiere aprovecharlo casándose con su hermana ? Á fe mía que tampoco vos hacéis mal el papel, señor de Charny.

Luego dijo en voz alta, con una sonrisa .

— Esa petición es tan honrosa para nuestra casa, señor conde, que accedo con el mayor placer en cuanto á lo que

me concierne, y como deseo que llevéis de aquí un consentimiento completo, voy á prevenir á mi hija.

— Caballero, interrumpió el conde con frialdad, me parece que os tomáis un trabajo inútil, pues la reina se ha dignado consultar á la señorita de Taverney sobre este asunto, y su respuesta me ha sido favorable.

— ¡ Ah ! exclamó el barón cada vez más maravillado. ¿ Conque es la reina...

— Quien se ha tomado la molestia de pasar á San Dionisio ; sí, señor.

El barón se levantó y dijo:

— Sólo me resta, señor conde, el manifestaros lo concerniente á la situación de mi hija. Tengo arriba títulos de la fortuna de su madre. Señor conde, no os casáis con una señorita rica, y antes de concluir nada...

— Es inútil, señor barón, dijo Charny. Tengo yo bastante riqueza para ambos, y la señorita de Taverney no es de esas mujeres sobre las que se debe regatear. Pero esta cuestión que vos quisierais tratar por vuestra cuenta, señor barón, me es indispensable tratarla yo por la mía.

Apenas había terminado estas palabras, cuando se abrió la puerta del retrete y se presentó Felipe, pálido, abatido, con una mano en su chupa y la otra convulsivamente cerrada.

Charny le saludó ceremoniosamente y recibió una salutación igual.

— Caballero, dijo Felipe, mi padre tenía razón en proponeros una conferencia sobre las cuentas de familia ; los dos tenemos aclaraciones que daros sobre el particular. Mientras el señor barón sube á buscar los papeles de que os hablaba, tendré yo el honor de tratar con vos la cuestión más detalladamente.

Y con una mirada llena de irrecusable autoridad, Felipe despidió al barón, que salió de muy mala gana previendo algún conflicto.

Felipe acompañó al barón hasta la puerta de salida del saloncito para asegurarse de que este quedaba vacío, fué á mirar en el retrete, y seguro de que nadie le oía sino aquél á quien se dirigía, volvió y dijo cruzándose los brazos delante del conde :

— Señor de Charny, ¿ cómo es que osáis venir á pedir á mi hermana en matrimonio ?

Olivier reculó y se ruborizó.

— ¿ Es acaso, prosiguió Felipe, para ocultar mejor vuestros amores con esa mujer á quien perseguís, con esa mujer que os ama ? Es para que viéndoos casado, no se pueda decir que tenéis una querida ?

— Verdaderamente, caballero... dijo Charny vacilante y aterrado...

— ¿ Es por ventura, añadió Felipe, para que, casado con una mujer que se acerque á vuestra querida á todas horas, tengáis más facilidad de ver á ese cortejo adorado ?

— Caballero, ¿ estáis traspasando todos los límites !

— ¿ Es tal vez, como lo creo más bien, continuó Felipe, acercándose á Charny ; es sin duda para que, siendo ya vuestro cuñado, no revele yo lo que sé de vuestros amores pasados ?

— ¡ Lo que sabéis ! exclamó Charny espantado. ¡ Cuidado, cuidado !

— Sí, dijo Felipe animándose ; la casa de la Montería alquilada por vos ; vuestros misteriosos paseos en el parque de Versalles... por la noche... vuestros apretones de manos... vuestras sonrisas, y particularmente aquel tierno cambio de miradas en la puerta falsa del parque...

— ¡Caballero, en nombre del cielo! ¡vos no sabéis nada, decid que no sabéis nada!

— ¡Yo no sé nada! exclamó Felipe con sangrienta ironía. ¿Cómo no he de saber nada, yo que estaba oculto entre los matorrales tras de la puerta de los baños de Apolo, cuando salisteis dando el brazo á la reina?

Charny dió dos pasos como un hombre herido de muerte que busca un apoyo cerca de sí.

Felipe le miraba con un silencio fiero, dejándole sufrir, dejándole expiar con aquel tormento pasajero las horas de inefables delicias que acababa de echarle en cara.

Charny se levantó de su abatimiento y dijo á Felipe:

— Y bien, caballero; aun después de lo que acabáis de decirme, os pido á vos la mano de la señorita de Taverney. Si yo no fuese más que un vil calculista, como suponíais hace un momento; si me casase por mí, sería tan miserable, que tendría miedo al hombre que posee mi secreto y el de la reina. Pero, caballero, ¡es preciso salvar á la reina, es preciso!

— ¿En qué está perdida la reina, replicó Felipe, porque M. de Taverney la haya visto estrechar el brazo de M. de Charny y levantar al cielo sus ojos rebosando felicidad? ¿En qué está perdida la reina, porque yo sepa que os ama? ¡Oh! caballero, eso no es un motivo para sacrificar á mi hermana, y yo no dejaré que se la sacrifique.

— Caballero, respondió Olivier, ¿sabéis por qué está perdida la reina si no se verifica este matrimonio? Porque esta misma mañana, mientras prendían á M. de Rohán, me ha sorprendido el rey de rodillas ante la reina.

— ¡Dios mío!

— Y porque la reina, interrogada por su rey celoso, ha

respondido que me arrodillaba para pedirle la mano de vuestra hermana. He ahí por qué está perdida la reina, si no me caso con vuestra hermana. ¿Comprendéis ahora?

Un doble ruido cortó la frase de Olivier: un grito y un suspiro, que salían el uno del retrete, y el otro del saloncito.

Olivier corrió en dirección del suspiro, y vió en el retrete á Andrea de Taverney vestida de blanco como una novia: lo había oído todo y acababa de desmayarse.

Felipe corrió en dirección del grito, que salía del saloncito, y percibió el cuerpo del barón de Taverney, á quien esta revelación del amor de la reina por Charny acababa de anonadar presentándole la ruina de todas sus esperanzas.

El barón, atacado de una apoplejía, había exhalado el último suspiro.

La profecía de Cagliostro estaba cumplida.

Felipe, que lo comprendía todo, hasta la vergüenza de esta muerte, abandonó silenciosamente el cadáver y volvió al salón, á buscar á Charny que contemplaba, temblando y sin osar tocarla, á la hermosa joven que estaba iría é inanimada.

Las dos puertas abiertas dejaban ver aquellos dos cuerpos paralela y simétricamente puestos, por decirlo así, en el mismo sitio donde los había alcanzado el golpe de la revelación.

Felipe, con los ojos inflamados y el corazón hirviendo, tuvo valor para tomar la palabra y decir á Charny

— El señor barón acaba de morir. Después de él, soy yo el jefe de la familia. Si sobrevive la señorita de Taverney, os la doy en matrimonio.

Charny miró con horror el cadáver del barón, y el cuerpo de Andrea con desesperación. Felipe se arrancaba los ca-

bellos con ambas manos, y lanzó hacia el suelo una exclamación que debió conmover el corazón de Dios sobre su trono eterno.

— Conde de Charny, dijo después de apaciguar la tempestad que le agitaba, me comprometo, en nombre de mi hermana que no me oye, á que ella sacrificará su felicidad á la reina, y yo quizás seré algún día bastante dichoso para sacrificarle mi vida. ¡Adiós, señor de Charny, adiós, mi cuñado!

Y, saludando á Olivier, que no sabía cómo alejarse sin pasar cerca de una de las víctimas, Felipe levantó á Andrea, la tuvo estrechada en sus brazos, y de ese modo dejó expedito el paso al conde, que desapareció por el cuarto de tocador.

CAPÍTULO XXXIV.

DESPUÉS DEL DRAGÓN LA VÍBORA.

Es tiempo de que volvamos á aquellos personajes de nuestra historia que han sido relegados al segundo cuadro por la necesidad y la intriga, igualmente que por la verdad histórica.

Oliva se disponía á huir por cuenta de Juana, cuando Beausire, advertido por un aviso anónimo, jadeante después del descubrimiento de Nicole, se halló conducido hasta sus brazos y la arrebató de casa de Cagliostro, mientras que M. Reteau de Villette aguardaba en vano al extremo de la calle del Rey-Dorado.

Para hallar á los dos dichosos amantes, que M. de Crosne tenía tanto interés en descubrir, madama de La Motte, que se veía chasqueada, puso en campaña á cuantos eran sus aliados.

Como se concibe fácilmente, Juana prefería vigilar por sí misma sobre su secreto, á dejar que otros lo manejasen,

y para la buena administración del negocio que ella preparaba era indispensable que no se pudiese hallar á Nicole.

Es imposible pintar las angustias que sufrió cuando cada uno de sus emisarios vino á anunciarle que eran inútiles todas las pesquisas.

En ese momento recibía oculta órdenes tras de órdenes para que compareciese en la cámara de la reina á responder de su conducta respecto del collar.

De noche, y bien velada, salió para Bar-sur-Aube donde tenía un palmo de tierra, y habiendo llegado allí por caminos excusados sin haber sido reconocida, tomó tiempo para examinar su verdadera situación.

De ese modo ganaba dos ó tres días, hallándose á solas consigo misma, se daba tiempo, y con el tiempo la fuerza para sostener con una sólida fortificación interior el edificio de sus calumnias.

Dos días de soledad para esta alma profunda eran la lucha á cuyo fin debían quedar domados el cuerpo y el espíritu, la convicción obediente no se volvería ya como un instrumento peligroso contra la culpable, y la sangre habría adquirido la costumbre de circular alrededor del corazón sin subir jamás á la cara para revelar en ella la vergüenza ó la sorpresa.

La reina y el rey que mandaban buscarla, no supieron su instalación en Bar-sur-Aube sino en el momento en que estaba ya preparada á hacer la guerra. Enviaron un expreso para que la trajese, y entonces fué cuando Juana supo la prisión del cardenal.

Cualquiera otra mujer habría quedado aterrada por esta vigorosa ofensiva; pero Juana no tenía ya miramientos que guardar. ¿Qué era una cuestión de libertad en la balanza,

al lado de las cuestiones de vida ó muerte que en ella se amontonaban todos los días?

Al saber la prisión del cardenal y el escándalo que había dado María Antonieta:

— La reina ha quemado sus naves, se dijo calculando con frialdad; no le es posible retroceder. Rehusando el transigir con el cardenal y pagar á los joyeros, envida el resto, lo cual prueba que cuenta conmigo y que no sospecha las fuerzas que tengo á mi disposición.

He ahí de qué piezas se componía la armadura que Juana llevaba, cuando un hombre, medio exento y medio mensajero, se presentó ante ella de súbito y le anunció que estaba encargado de *llevarla á la corte*.

El mensajero encargado de llevarla á la corte, quería conducirla al cuarto del rey, pero Juana le dijo con esa destreza que le es bien conocida:

— Caballero, vos amáis á la reina, ¿no es verdad?

— ¿Podéis dudarle, señora condesa? respondió el mensajero.

— Pues bien; en nombre de ese amor leal y de ese respeto que profesáis á la reina, os conjuro que me conduzcáis primero al cuarto de la reina.

El oficial quiso hacer algunas objeciones, pero la condesa repuso:

— De seguro sabéis mejor que yo de qué se trata. De consiguiente debéis conocer que es indispensable una conferencia secreta de la reina conmigo.

El mensajero, impregnado de las ideas calumniosas que hacía muchos meses emponzoñaban el aire de Versalles, creyó realmente que hacía un servicio á la reina conduciendo á madama de La Motte á su presencia antes de mostrarla al rey.

Figúrese la altanería, el orgullo, la conciencia altiva de la reina puesta en presencia de ese demonio á quien no conocía aún, pero cuya pérfida influencia en sus negocios sospechaba demasiado.

Represéntese á María Antonieta, viuda aun inconsolable de su amor que había sucumbido al escándalo, á María Antonieta, abrumada por la injuria de una acusación que ella no podía refutar; represéntese la, después de tantos dolores, dispuesta á poner el pie sobre la cabeza de la serpiente que la ha mordido!

El supremo desdén, la cólera mal reprimida, el odio de mujer á mujer, el sentimiento de una incomparable superioridad de posición, tales eran las armas de las adversarias. La reina principió por mandar entrar como testigos á dos de sus camaristas, que se presentaron con la vista baja, los labios plegados, y haciendo una reverencia lenta y solemne. Un corazón lleno de misterios, un espíritu lleno de ideas, y la desesperación por último motor: tal era el segundo campeón.

Madama de La Motte, así que vió á las dos mujeres, dijo para sí:

— ¡Bueno! ¡he aquí dos mujeres que al momento serán despedidas!

— ¡Ah! ¡al fin estáis aquí! ¡Por último os han hallado, señora!

Juana hizo una segunda reverencia.

— ¿Conque os ocultáis? dijo la reina con impaciencia.

— ¡Ocultarme! no, señora, replicó Juana con una voz dulce y apenas clara, como si la emoción causada por la majestad real fuese lo único que alterase su timbre ordinario. Yo no me ocultaba; si me hubiese ocultado, no me habrían hallado.

— ¿Sin embargo os habéis fugado? Llamémoslo como gustéis.

— Es decir que he dejado á París, sí, señora.

— ¿Sin mi permiso?

— Temía que V. M. no me concediese la licencia por el poco tiempo que yo necesitaba para arreglar mis negocios en Bar-sur-Aube, donde hacía seis días que me hallaba, cuando me llegó allí la orden de V. M. Además, preciso es decirlo, no me creía tan necesaria á Vuestra Majestad, que estuviese obligada á advertiros para ausentarme por ocho días.

— ¡Eh! tenéis razón; ¿por qué habéis temido que yo os negase una licencia? ¿Qué licencia tenéis que pedirme, ni qué licencia tengo yo que concederos? ¿Por ventura desempeñáis aquí algún cargo?

Estas últimas palabras encerraban demasiado desprecio. Juana, ofendida, pero reteniendo su sangre como el tigre picado por la flecha, dijo humildemente:

— Señora, es verdad que no tengo ningún cargo en la corte; pero V. M. me honra con una confianza tan preciosa, que me consideraba mucho más obligada hacia vos por gratitud, de lo que otras lo están por deber.

Juana había buscado largo tiempo, había hallado la palabra confianza, y la acentuó mucho.

— Esa confianza, repitió la reina con un desprecio más abrumante aún que en su primer apóstrofe, vamos á ver lo que vale. ¿Habéis visto al rey?

— No, señora.

— Ya lo veréis.

Juana saludó, y dijo:

— Será para mí una grande dicha.

La reina trató de calmarse un poco, para principiar sus preguntas con ventaja. Juana se aprovechó de ese respiro para decir:

— ¡Dios mío! señora, ¡qué severa se muestra conmigo V. M.! ¡Estoy temblando!

— Aun no estáis al cabo, dijo bruscamente la reina.

¿Sabéis que M. de Rohán está en la Bastilla?

— Me lo han dicho, señora.

— ¿Ya adivinaréis por qué?

Juana miró fijamente á la reina, y volviéndose hacia las dos mujeres cuya presencia parecía incomodarla, respondió:

— No lo sé, señora.

— Sin embargo, sabéis que me habéis hablado de un collar, ¿no es verdad?

— De un collar de diamantes, sí, señora.

— ¿Y que me habéis propuesto de parte del cardenal un arreglo para pagar el collar?

— Es verdad, señora.

— ¿He aceptado ó he rehusado ese arreglo?

— V. M. ha rehusado.

— ¡Ah! exclamó la reina con una satisfacción mezclada de sorpresa.

— Hasta ha dado S. M. doscientas mil libras á cuenta, añadió Juana.

— Bien... ¿y después?

— Después, no pudiendo S. M. pagar por haberle rehusado dinero M. de Calonne, ha enviado el collar á los joyeros Boehmer y Bossange.

— ¿Por quién lo envié?

— Por mí.

— ¿Qué habéis hecho vos de él?

— Yo, respondió lentamente Juana conociendo todo el peso de las palabras que iba á pronunciar, he entregado el collar al señor cardenal.

— ¡Al señor cardenal! exclamó la reina. ¿Y por qué se lo habéis entregado á él en vez de entregarlo á los joyeros, si gustáis decirme?

— Señora, porque habiéndose interesado M. de Rohán en esa compra que agradaba á V. M., le habría ofendido no proporcionándole la ocasión de terminar él mismo el negocio.

— Pero ¿cómo es que habéis sacado un recibo de los joyeros?

— Porque M. de Rohán me ha entregado ese recibo.

— ¿Y esa carta que dicen habéis entregado á los joyeros como escrita por mí?

— M. de Rohán me ha rogado que la entregase.

— ¡Conque M. de Rohán anda siempre mezclado en todo esto! exclamó la reina.

— Yo no sé lo que V. M. quiere decir, ni en qué se ha mezclado M. de Rohán, replicó Juana con aire de distracción.

— Digo que el recibo de los joyeros entregado ó enviado por mí á vos, es falso!

— ¡Falso! repitió Juana. ¡Oh! señora...

— ¡Digo que la pretendida carta de aceptación del collar, firmada por mí según dicen, es falsa!

— ¡Oh! exclamó Juana, en apariencia más pasmada aún que la primera vez.

— Digo en fin, prosiguió la reina, que es preciso carearos con M. de Rohán, para que aclaremos ese negocio.

— ¡Carearme! dijo Juana. Pero, señora, ¿qué necesidad hay de carearme con el señor cardenal?

— Él mismo lo pedía.

— ¿Él?

— Y os buscaba por todas partes.

— Señora, no es posible.

— Decía que quería probaros que le habíais engañado.

— ¡Oh! si es para eso, señora, pido el careo.

— Estad segura de que se hará. Conque ¿negáis que sabéis dónde está el collar?

— ¿Cómo lo puedo saber?

— ¿Negáis haber ayudado al señor cardenal en ciertas intrigas?...

— V. M. tiene derecho á desgraciarme; pero á ofenderme, ninguno tiene. Yo soy una Valois, señora.

— El señor cardenal ha sostenido delante del rey calumnias que él esperaba apoyar sobre bases sólidas.

— No comprendo.

— El cardenal ha declarado que me había escrito.

Juana miró á la reina á la cara, y no respondió.

— ¿Me oís? dijo la reina.

— Sí, señora, os oigo.

— ¿Y qué respondéis?

— Responderé cuando me hayan careado con el señor cardenal.

— Hasta entonces, si sabéis la verdad, ayudadnos.

— La verdad, señora, es que V. M. me abruma sin motivo y me abruma sin razón.

— Esa no es una respuesta.

— Sin embargo no daré otra aquí, señora.

Y Juana volvió á mirar a las dos mujeres.

La reina comprendió, pero no cedió: la curiosidad no pudo triunfar del respeto humano. En las reticencias de Juana, y en su actitud humilde á la par que insolente, se traslucía la seguridad que resulta de la posesión de un secreto. La reina quizás hubiera comprado ese secreto por la dulzura, pero rechazó este medio como indigno de ella.

— M. de Rohán ha sido llevado á la Bastilla por haber querido hablar demasiado, dijo María Antonieta. ¡Cuidado, señora, con que no incurráis en la misma suerte por haber querido callaros!

Juana se clavó las uñas en sus manos, pero se sonrió y dijo:

— ¿Qué importa la persecución á una conciencia pura? ¿Podrá la Bastilla convencerme de un crimen que no he cometido?

La reina miró á Juana con ojos coléricos.

— ¿Hablaréis? dijo.

— Nada tengo que decir, señora, sino á vos.

— ¿Á mí? Y bien; ¿por ventura no me estáis hablando á mí?

— No á vos sola.

— ¡Ah, ya estoy! exclamó la reina. ¡Vos queréis hablar á puertas cerradas! Después de haberme infligido el escándalo de las sospechas públicas, teméis el escándalo de la confesión pública.

Juana se enderezó.

— No hablemos más de esto; lo que yo hacía era por vos. ¡Qué insolencia! dijo la reina.

— Yo sufro respetuosamente las injurias de mi reina, dijo Juana sin cambiar de color.

— Dormiréis en la Bastilla esta noche, madama de La Motte.

— Bien, señora; pero antes de acostarme rogaré á Dios, como acostumbro, que conserve el honor y la alegría de V. M., replicó la acusada.

La reina se levantó turiosa, y pasó al cuarto contiguo, abriendo las puertas con violencia.

— ¡ Después de haber vencido al dragón, dijo, yo aplastaré la víbora !

— Sé de memoria su juego, pensó Juana, y que he ganado.

CAPÍTULO XXXV.

COMO SUCEDIÓ QUE GREYENDO BEAUSIRE CAZAR LIEBRES
FUÉ ÉL MISMO CAZADO POR LOS AGENTES DE M. DE CROSNE.

Madama de La Motte fué llevada á la cárcel conforme á la voluntad de la reina.

Ninguna compensación pareció más grata al rey, que aborrecía por instinto á esta mujer. Se instruíó el sumario sobre el robo del collar con todo el ardor que pueden desplegar unos mercaderes arruinados que esperan salir de aprietos, unos acusados que quieren ser declarados inocentes, y unos jueces populares que tienen en sus manos el honor y la vida de una reina, sin contar el amor propio ó el espíritu de partido.

En toda la Francia no se oyó más que un solo grito, y en las entonaciones de este grito pudo la reina reconocer los que eran sus partidarios ó sus enemigos.